

EL LLANTO INFANTIL

Sobre el silencio tranquilo de la tarde puedo oír, lejano pero claro, el llanto de un niño. Se trata de uno de esos berrinches monumentales que hacen temer que, de un momento a otro, algo se rompa en el interior del chiquillo y caiga fulminado o se quede sin voz para toda la vida.

Para alcanzar el estado adulto, los seres humanos recibimos miles de enseñanzas que van desde cosas tan elementales como sostener una cuchara o abrochar un botón, hasta otras más complejas, como las normas de buena educación y convivencia, por ejemplo. En contrapartida, vamos relegando al olvido una serie de conocimientos instintivos que traemos impresos al nacer, algo así como el software de inicialización de un ordenador nuevo; lo necesario para echarnos a andar por el mundo.

CUANDO SOMOS NIÑOS...

Una de esa especie de herramientas instintivas es el llanto: el llanto infantil, diremos para diferenciarlo de otros llantos que, desgraciadamente, nos acompañarán toda la vida. Coloquialmente, el *berrinche* de los niños. Tan importante, que es la primera habilidad que el ser humano ejercita al nacer. Le obligan a abandonar un recinto en el que se encuentra cómodo y seguro para sujetarlo por los pies, boca abajo, y darle unos sonoros cachetes en el culo. Mal empezamos. Y llora desesperada e infruc-

tuosamente. Pero poco después siente hambre, vuelve a llorar y esta vez sí le atienden y le dan de comer.

A partir de ese momento, la herramienta *llanto infantil* se hace cada vez más eficaz: sirve para que a uno le acunnen, le paseen o le cambien los pañales. Y como ha aumentado el número de quienes están pendientes de sus deseos, léase abuelos, tíos, hermanos mayores, etc., se siente poderoso. Y si no es rápidamente atendido, aumenta la intensidad de sus lloros: en ese momento nace el *berrinche infantil*.



Decía yo hace un momento que estas habilidades naturales se pierden al alcanzar el estado adulto, y es una lástima. Se trata de enseñanzas directas impresas, como su nombre indica, por el mejor maestro: la Naturaleza. Pero si somos observadores, en la mayoría de los casos podremos reutilizar estas enseñanzas con gran provecho para toda nuestra vida. Afortunadamente, tal es el caso del berrinche infantil.

El llanto del niño se apoya sobre tres puntos: **la confianza, la perseverancia y la carencia de prejuicios**. Como corresponde a esta *herramienta*, son puntos de apoyo instintivos. El niño tiene una confianza absoluta, tan absoluta que es la Madre Naturaleza quien se la proporciona, en quienes, en aquellos primeros momentos de su vida le rodean. *Sabe* que aquellos en cuyos brazos se encuentra *pueden* resolver su problema y lo pide, clara, inequívocamente. Y si no es atendido insiste, pertinaz, insolente incluso. *Si pueden, ¿por qué no lo hacen?* Y *persevera* en su petición. La perseverancia, al menos la bien entendida, se fundamenta sobre la confianza.

Una vez "lanzado", es inútil intentar que el niño desista de su agresiva insolencia. Tiene una absoluta convicción y para él no cuenta ninguna actividad disuasoria que se pueda poner en práctica, sea amable, dulces nanas, palabras cariñosas, paseitos cadenciosos- o, procedente de los más impacientes, no tan amable, como órdenes severas: ¡ya ves tú...!, gritos e, incluso, malhumorados zarandeos.

El niño, en sus primeras épocas, no es consciente de que con sus estrépitos está molestando severamente a su familia y a todo su entorno. Más adelante sí es consciente, pero su inmadurez social



le hace indiferente a esa molestia. Se dice frecuentemente que los niños son crueles; no lo son más que los adultos, pero carecen de la madurez social necesaria para disimular su crueldad.

Estoy en una reunión de trabajo y uno de los asistentes no sólo se muestra disconforme con mis ideas, sino que lo manifiesta de forma desabrida y poco cortés. Tiene una nariz de buen tamaño y pienso para mis adentros: *No te fastidia, el narizotas este...* Y ahí queda la cosa. Si yo fuera un niño de seis años, me plantaría delante de él y le cantarí: *¡Narizotas!*, y se armaría. Esa es la diferencia. Igual de cruel, pero menos o nada prudente.

CUANDO VAMOS CRECIENDO...

La experiencia de la vida nos va enseñando que no podemos imponer a los demás por la fuerza, física o moral,

nuestros criterios, por muy correctos que sean, y mucho menos faltando al debido respeto. Pero el niño carece de *convencionalismos sociales* y todo lo pospone a la eficacia. Es en este momento de conciencia más desarrollada, pero socialmente inmadura, cuando se hace cierto lo que escribió Wenceslao Fernández Flórez: *Los niños son mendigos por intuición*, expresión algo fuerte pero que, básicamente, se ajusta a nuestro punto de vista. Hasta entonces, el crío ha sido un tirano que, como antes decía yo, exige lo que sabe que puede y, a su juicio, debe recibir. Pero, a partir de ahora, ya la vida le ha enseñado, probablemente, en más de una ocasión de forma dolorosa, que pedir las cosas *por las buenas*, puede ser más eficaz. Y, si es necesario mendigar... pues se mendiga.

Al llegar a la madurez, estos tres puntos de apoyo instintivos pueden, deben convertirse en virtudes morales. Pues bien, si yo tengo, como acabamos de ver tiene un niño recién nacido, una **confianza total, una tenaz perseverancia y un recto criterio**, ajeno a influencias ajenas, puedo obtener tan importantes logros como él con su llanto insolente.

Pero, obviamente, hay que saber manejar la situación. Ahora ya no se trata de *herramientas* naturales, sino de virtudes morales que primeramente he de adquirir y luego, sobre todo, fomentar y desarrollar. Y, lo que no es menos importante, he de saber eliminar aspectos que eran tolerables en su estadio de inmadurez natural en un chiquillo, pero no en una virtud de adulto. No se puede imaginar a un respetable varón o a una

distinguida dama con una pública y mayúscula rabieta que sería absolutamente natural en uno de sus nietos.

De estas virtudes morales, trasunto a la edad adulta de aquellos fundamentos naturales que encontrábamos en el llanto infantil, la confianza es la piedra angular. Perseverancia y rectitud de criterio tienen cierto carácter adjetivo junto a ella. Y, tanto conceptual como etimológicamente, confiar es *tener fe*.

Confiar, tener fe, es necesario. Nadie puede vivir sin tener fe en alguien; si no lo hace así, acabará depositando la confianza únicamente en sí mismo y eso es una aberración. Por supuesto, no me refiero a las *confianzas parciales* que el hombre va a necesitar a lo largo de su vida cada vez que va al médico, o al abogado o se sube a un avión o a un vehículo público, por ejemplo. Me refiero a lo que podríamos llamar una *confian-*



za existencial, porque en ella se apoya su propia existencia. Excepcionalmente puede estar personalizada en un sólo individuo, como es la confianza en el cónyuge o en un familiar que asume, unilateral o recíprocamente, la convivencia y atención personal.

Pero lo habitual es que esa confianza global, vital, se deposite en un concepto trascendente, como puede ser un ideal político, un empeño social o, el más elevado de todos, la creencia religiosa. El más elevado, porque es obvio que confiar en Dios, tener fe en Él, un ser omnipotente y bondadoso, es la mayor que se puede tener. La mayor y la mejor.

Y si, al inicio del artículo, cuando me refería a la confianza, la fe, del niño, explicaba que esta fe era absoluta, total, porque así le había sido grabada por la Madre Naturaleza, lo mismo hemos de repetir aquí en relación con la fe en Dios, que Él mismo ha grabado en los corazones de todos los hombres.

El *problema* está en que esa fe que Dios infunde, y que los creyentes llamamos gracia, precisa una segunda parte, cual es, en palabras del Catecismo de la Iglesia Católica, *la libre respuesta del hombre a esa iniciativa de Dios*. Es decir, que el hombre acepte esa gracia inicial y, si cabe la expresión, la perfeccione en la práctica mediante el ejercicio de la plena libertad que también Dios le ha dado. Desgraciadamente, no todos lo hacen.

UNA INVITACIÓN CON PREMIO

La **perseverancia**, por su parte, es una virtud que, en nuestros tiempos, está devaluada. Se vive de prisa y los éxitos parecen mayores si son rápidos. A la vista de sus desastrosas consecuencias, hoy ya nadie habla de la *cultura del pelotazo* pero sigue ahí. Por el contrario, la perseverancia es una virtud silenciosa, prudente, que *caza de largo* y permanece en la sombra incluso cuando gracias a ella se ha conseguido un éxito rotundo.

Y no nos engañemos: la perseverancia, incluso hablando a nivel humano,

de tejas abajo, no sólo está al alcance de todos, sino que es el único medio eficaz de que podamos conseguir lo poco o mucho a que, a cada uno según su destino y posibilidades, podemos aspirar. No siempre se ven, en el triunfo de un gran músico, un investigador o un deportista, por ejemplo, las horas de estudio, de ensayo, de entrenamiento, día tras día, sin ceder al desaliento ni a los cantos de sirena que le susurran que lo mande todo al diablo y se entregue a una vida menos sacrificada...Y no son estos cánticos de sirena los únicos que acechan al perseverante, al que nunca faltarán los consejos, más cargados de envidia que de caridad, de no perder el tiempo y *ser más directo*. He aquí aquellos convencionalismos que el niño no llega a conocer, por eso es eficaz, y que el adulto ha de aprender a ignorar, si quiere llegar a serlo.

Los hombres hemos recibido también una insistente invitación a la perseverancia por parte de Dios, a través de su Verbo, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad: Jesucristo. Invitación extraordinariamente sugerente, ya que se nos promete el éxito de alcanzar lo que pedimos si somos perseverantes. Con más seguridad aun que la que la Naturaleza da a un niño con sus berrinches. ¿Podemos pedir más?

En conclusión, si nosotros, los adultos, depositamos nuestra confianza, nuestra fe, en algo, somos perseverantes en ello y no abandonamos nuestro recto criterio, podemos alcanzar tantos logros como un recién nacido con sus lloros insistentes. Lo fundamental es que eliminamos bien el objeto de nuestra fe para que nuestra perseverancia y buen criterio no queden desperdiciados.

Y solamente hay una fe que asegura ese logro: la fe en Dios.

Carmelo Paradinas